



Jorge GIRALDO RAMÍREZ, *Las ideas en la guerra. Justificación y crítica en la Colombia contemporánea*, Bogotá, Debate, 2015, 240 pp.

Jorge Giraldo Ramírez ofrece al lector un libro profusamente documentado con el que muestra las razones que pueden llevar, como dice el prólogo de Daniel Pécaut, a la simpatía o adhesión de los contestatarios a la lucha armada en Colombia. El punto de partida es una análisis sobre el carácter de la guerra colombiana respecto al exterior; esto es, se trata de dilucidar hasta qué punto lo que ocurre fuera de sus fronteras (revoluciones en otros puntos de Latinoamérica, la guerra fría como telón de fondo, etc.) determina el carácter y los acontecimientos de lo sucedido en el país cafetero. Para ello, Giraldo se detiene inicialmente a estudiar las tres olas de revoluciones que sacudieron el subcontinente, retomando la metáfora manejada, entre otros, por Debray o Wickham-Crowley. Estas tres olas serían las correspondientes al acontecimiento de tres revoluciones con distinto resultado: la revolución cubana culminada en 1959, la tupamara que tuvo lugar alrededor de 1970 y la sandinista. Cabe destacar que este estudio (que ocupa el grueso del primer capítulo, *Olas y modelos*) viene acompañado de unas elaboradas tablas donde se recogen los distintos grupos insurgentes que proliferaron en cada país en cada una de estas “olas”, fuera de las cuales quedaría, por su especificidad, el grupo peruano Sendero Luminoso; por su parte, la guerrilla colombiana (aún escindida en diversos grupos y con tendencias heterogéneas) no ocuparía en esos momentos sino un papel secundario –por la situación peculiar del país, por el escaso peso electoral de los grupos de izquierdas más o menos radicales, etc.

El segundo capítulo, *Medios y ocasiones*, se propone analizar las discusiones en el seno de las diversas tendencias comunistas colombianas en torno a los medios a seguir para alcanzar sus objetivos. Todo el capítulo manifiesta, de manera muy cabal, una crítica profunda a las decisiones que dichos grupos fueron tomando. Esto se debe a una doble equivocación en la toma de decisiones: la relativa a la consideración de las ‘opciones’ y la ceguera para aprovechar las “ocasiones”. Así, sostiene Giraldo, el comunismo colombiano dejó siempre escapar la *occasio* cuando se presentó; y esto fue debido, en buena parte, a que siempre se consideró que había una única opción: la violencia (lo cual, señala el autor, es rotundamente falso; acaso porque, incluso cuando uno está entre la espada y la pared, puede siempre arrojarse contra el acero). Con estas premisas en mente, irán explicándose los distintos giros que la historia fue tomando y las justificaciones que se dieron para acabar optando de forma irremisible y definitiva por la violencia como *modus operandi*, todo ello sin perder de vista los desarrollos que tuvieron lugar fuera del país (por ejemplo, el empuje que significó la revolución sandinista en 1979 para la conversión del M-19 en una guerrilla rural). En este contexto de estudio de los medios se explican también las causas que justifican –desde la perspectiva de quien los comete– el auge de los secuestros como medio lucrativo, aunque debilitando la imagen que la población se formaba de la guerrilla. Es

también en este capítulo, y a consecuencia de lo anteriormente mencionado, donde se observa el modo en que las FARC fueron convirtiéndose en una sección independiente y constitucionalmente armada del Partido Comunista, en un proceso lento y tardío respecto a la tercera ola revolucionaria latinoamericana.

El capítulo 3 lleva por título *Momentos e intenciones*, y en él se pasa de estudiar los medios a analizar las disputas que los distintos bandos del comunismo y la guerrilla sostuvieron en torno a los fines del movimiento. De forma más específica, Jorge Giraldo analiza aquí los objetivos que se propuso la izquierda armada y los argumentos que sostuvieron para convencer a la opinión pública. Resulta particularmente interesante el estudio que realiza el autor acerca de los dispositivos empleados para la movilización, que tienen como trasfondo la obra de Clausewitz y su modo de comprender la guerra. En resumidas cuentas, el papel determinante es el desarrollado por la relación entre tres elementos o estrategias que pretenden ganarse a la población: la presentación de un programa mínimo, la impugnación sistemática del estado de cosas (lo que explica, en cierto modo, la presencia de notorias contradicciones entre lo que se sostiene en diferentes momentos) y el recurso a un repertorio emotivo capaz de movilizar a las masas en pro de las tesis que uno sostiene. Ahora bien, y este es el punto central de la argumentación de Giraldo, la guerrilla fracasó estrepitosamente en su intento por persuadir dada su tendencia irremisiblemente belicista, hasta el punto de que la izquierda logró sus mejores réditos electorales en la medida en que renunció al conflicto armado en favor del diálogo y la convivencia pacífica.

*Lugares comunes* (así se llama el cuarto capítulo de la obra) puede dividirse en dos bloques. En primer lugar, Giraldo analiza de forma breve, aunque concisa, qué son los lugares comunes, los tópicos: frases o concepciones de la realidad que se comparten en una colectividad y determinan el modo en que la percibimos (forman, pues, esquemas mentales en los hombres). A su vez, son elementos que permiten justificar determinadas acciones en base a dicho modo de contemplar cuanto nos rodea. A partir de ahí, la segunda parte del capítulo queda destinada a mostrar los tópicos que han permitido la justificación (más implícita que explícita, siendo quizá por ello más efectiva) y perpetuación de la violencia en el país: la idea de que nada ha cambiado en los últimos doscientos años (“fracasomanía” la llamó Albert O. Hirschman), la visión del Frente Nacional como una asociación ladinamente orientada al mantenimiento del *establishment*, la mitificación de Cuba y su revolución o lo que Belisario Betancur denominó “causas objetivas”. El autor señala hasta qué punto estas justificaciones resultan falaces; sin embargo, el hecho es que han sido efectivamente poderosas, y las han esgrimido personas y personajes de toda orientación política. En último término, la confluencia de estos factores han llevado a la naturalización del estado de guerra en el país, lo que a su vez coadyuva a su mantenimiento.

El quinto capítulo es, quizá, el de título más significativo: *Ejemplares*. Así, tras diferenciar entre cuatro posturas posibles ante el conflicto (justificación implícita o explícita, trabajada en el capítulo previo; inhibición; neutralización, o lo que es lo mismo, apuesta por erigirse sobre los dos polos en conflicto, Estado y guerrilla, a modo de vigilante imparcial; y crítica), se centrará en distintos agentes que, durante los últimos cincuenta años, han mantenido la última de las posiciones indicadas: la crítica. A ellos denominará “ejemplares”, esto es, esforzados hombres que, lejos de ser santos inmaculados, aprendieron a través de la experiencia y rompieron con lo establecido, con los tópicos, adaptando un criterio ideal (p. 179). Estos personajes son Cayetano Betancur, Francisco Mosquera, Carlos Jiménez Gómez, Estanislao Zuleta,

Jorge Orlando Melo, Francisco de Roux y Antanas Mockus, a cada uno de los cuales adscribe un singular civilismo: conservador, táctico, estatal, de izquierda, democrático, católico y social. Con ello pretende el profesor Giraldo mostrar algunas de las formas que adoptó el pensamiento contra la guerra cuando pocos o nadie lo hizo, independientemente de la orientación política personal de cada uno de ellos.

Finalmente, el capítulo 6 del libro, *Proyecto abierto*, trata de ofrecer un modo de proceder en adelante, aprendiendo de lo sucedido y apostando porque los cambios necesarios procedan no (sólo) del Estado y de la guerrilla, sino de la Universidad, las iglesias y las figuras insignes del país. En este sentido, Giraldo recupera la figura de Fernando Guillén Martínez, colombiano que, treinta años antes de que Rorty lo hiciera, denunció la esterilidad de la violencia. Tal aspecto es incisivamente manifestado por Giraldo durante toda la obra: la izquierda siempre ha logrado mejores resultados en América Latina cuando ha dejado el rifle a un lado y se ha apoyado en la papeleta electoral. Así, se ha de abandonar la visión peyorativa de la reforma (que llevó a muchos, quizá de forma equivocada o inconsciente, a elegir la vía revolucionaria) en todos los ámbitos, sabiendo que son condiciones necesarias para la pacificación de la zona la obtención de un Estado fuerte (no omnipresente), una sociedad civil implicada y una política conflictiva dentro de los límites del diálogo y la democracia.

En definitiva, estamos ante un trabajo interesante, riguroso, apoyado en un extenso aparato crítico y que, lejos de revanchismos (algo destacable dado el posicionamiento explícito del autor), trata de buscar vías alternativas a las históricas que permitan lograr una Colombia más pacífica, democrática y plural.

Rodolfo Gutiérrez Simón